

La Primera Crónica
La Compañía Negra — Libro 1

Glen Cook

1

LEGADO

Ya basta de prodigios y portentos, dice Un Ojo. Debemos culparnos a nosotros mismos por malinterpretarlos. El impedimento de Un Ojo no perjudica en absoluto su maravillosa percepción.

Un relámpago surgido de un cielo despejado destruyó la Colina Necropolitana. Un rayo golpeó la placa de bronce que sella la tumba de los forvalakas, anulando la mitad del conjuro de confinamiento. Llovieron piedras. Las estatuas sangraron. Los sacerdotes en varios templos informaron de víctimas sacrificiales sin corazones o hígados. Una víctima escapó después de que fueran abiertas sus entrañas y no fue recapturada. En los Acuartelamientos de la Bifurcación, donde eran alojadas las Cohortes Urbanas, la imagen de Teux se volvió completamente del revés. Durante nueve noches consecutivas, diez buitres negros dieron vueltas sobre el Bastión. Luego uno expulsó al águila que vivía en la Torre de Papel.

Los astrólogos se negaban a hacer lecturas, temiendo por sus vidas. Un adivino loco vagaba por las calles proclamando el inminente fin del mundo. En el Bastión, el águila no solo se fue, sino que la hiedra de las defensas exteriores se marchitó y dio paso a una enredadera con un aspecto completamente negro excepto a la más intensa luz del sol.

Pero eso ocurre todos los años. En retrospectiva los estúpidos pueden convertir cualquier cosa en un presagio.

Hubiéramos debido estar mejor preparados. Teníamos cuatro hechiceros modestamente buenos para montar guardia contra los mañanas depredadores..., aunque nunca en absoluto tan sofisticados como para adivinar a través de las entrañas de una oveja.

De todos modos, los mejores augurios son aquellos que adivinan a partir de los portentos del pasado. Compilan registros fenomenales.

Berilo se tambalea perpetuamente, a punto de caer al caos por un precipicio. La Reina de las Ciudades Joya era vieja y decadente y estaba loca, llena con el hedor de la degeneración y el deterioro. Solo un estúpido se sorprendería ante cualquier cosa que hallara arrastrándose por la noche por sus calles.

Tenía todos los postigos abiertos de par en par, rogando por una brisa procedente del puerto, pescado podrido incluido. No había viento suficiente ni para agitar una telaraña. Me sequé el rostro e hice una mueca a mi primer paciente.

—¿Retortijones de nuevo, Rizos?

Sonrió débilmente. Su rostro estaba pálido.

—Es mi estómago, Matasanos. —Su cráneo se parece a un huevo de avestruz muy pulido. De ahí su nombre. Comprobé la lista de servicios. Nada que Rizos pudiera desear evitar—. La cosa está mal, Matasanos. De veras.

—Hum. —Adopté mi expresión profesional, seguro de que lo estaba. Su piel estaba fría, pese al calor—. ¿Has comido últimamente fuera de la comisaría, Rizos? —Una mosca se posó sobre su cabeza, se pavoneó allí como un conquistador. Él ni se dio cuenta.

—Sí. Tres, cuatro veces.

—Hum. —Mezclé una pócima lechosa de aspecto desagradable—. Bebe esto. Hasta el fondo.

Todo su rostro se frunció al primer sorbo.

—Mira, Matasanos, yo...

El *olor* del potingue me revolvió las tripas.

—Bebe, amigo. Dos hombres murieron antes de que ensayara esto. Luego Desgarbado lo tomó y vivió. —La noticia de aquello había corrido.

Bebió.

—¿Quieres decir que se trata de veneno? ¿Que el maldito Tristón me metió algo dentro?

—Tómalo con calma. Te pondrás bien. Sí, parece que fue algo así. —Había tenido que abrir a Bisojo y al Salvaje Bruce para averiguar la verdad. Era un veneno sutil—. Échate aquí en la camilla donde te llegue la brisa..., si esa hija de puta viene alguna vez. Y quédate quieto. Deja que surta efecto.

Lo instalé.

—Ahora cuéntame lo que comiste fuera. —Tomé una pluma y un gráfico sujeto a una tablilla. Había hecho lo mismo con Desgarbado, y con el Salvaje Bruce antes de que muriera, y había hecho que el sargento del pelotón de Bisojo rastrear sus movimientos. Estaba seguro de que el veneno había venido de una de las varias tabernas de mala muerte frecuentadas por la guarnición del Bastión.

Una de las comidas que enumeró Rizos encajaba con lo que ya había averiguado.

—¡Bingo! Ya tenemos a los bastardos.

—¿Quiénes? —Parecía dispuesto a arreglar las cosas él mismo.

—Tú descansa. Veré al capitán. —Palmeé su hombro, comprobé la habitación contigua. Rizos había acudido a la visita médica matutina.

Tomé el camino largo, por la Muralla Trejana, que domina el puerto de Berilo. A medio camino hice una pausa y miré al norte, pasados el espigón y el faro y la Isla Fortaleza en el Mar de las Tormentas. Velas multicolores salpicaban la sucia agua pardo grisácea mientras las embarcaciones costeras de un solo palo recorrían el entramado de rutas que unen las Ciudades Joya. En las capas superiores el aire era tranquilo y pesado y brumoso. No podía verse el horizonte. Pero encima del agua el aire estaba en movimiento. Siempre había brisa alrededor de la Isla, aunque evitaba

la orilla como si temiera la lepra. Más cerca, el incesante girar de las gaviotas era lánguido e indiferente, como prometía ser el día para la mayoría de los hombres.

Otro verano al servicio del Síndico de Berilo, sudoroso y sucio, protegiéndole sin que te lo agradeciera de los rivales políticos y de sus indisciplinadas tropas nativas. Otro verano partiéndote el culo por tipos como Rizos. La paga era buena, pero no para el alma. Nuestros antepasados se sentirían azarados de ver que habíamos caído tan bajo.

Berilo es miseria coagulada, pero también antigua e intrigante. Su historia es un pozo sin fondo lleno de lodosa agua. A veces me divierto sondeando sus oscuras profundidades, intentando aislar los hechos de la ficción, la leyenda y el mito. No es tarea fácil, porque los primeros historiadores de la ciudad la escribieron con un ojo puesto en complacer a los poderes de la época.

El período más interesante, para mí, es el reino antiguo, que es el menos satisfactoriamente cubierto por las crónicas. Fue entonces, en el reinado de Niam, cuando llegaron los forvalakas, fueron vencidos tras una década de terror, y fueron confinados en su oscura tumba arriba en la Colina Necropolitana. Ecos de ese terror persisten todavía en el folklore y en las advertencias maternas a los hijos díscolos. Nadie recuerda ahora qué eran los forvalakas.

Seguí andando, desesperado de ganarle al calor. Los centinelas, a la sombra de sus garitas, llevaban toallas alrededor del cuello.

Me sorprendió una brisa. Miré hacia el puerto. Un barco estaba rodeando la Isla, una gran y pesada bestia que empequeñecía las barcas de pesca y las falúas. Un cráneo plateado destacaba en el centro de su hinchada vela negra. Los rojos ojos de ese cráneo relucían. Ardían fuegos detrás de sus rotos dientes. Una brillante banda de plata rodeaba el cráneo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó un guardia.

—No lo sé, Albo. —El tamaño del barco me impresionó más que su llamativa vela. Los cuatro hechiceros menores que teníamos en la Compañía podían igualar aquella espectacularidad. Pero nunca había visto una galera con cinco hileras de remos.

Recordé mi misión.

Llamé a la puerta del capitán. No respondió. Entré, lo encontré roncando en su gran silla de madera.

—¡Hey! —aullé—. ¡Fuego! ¡Disturbios en el Quejido! ¡Danzador en la Puerta del Amanecer! —Danzador era un general de los tiempos antiguos que casi destruyó Berilo. La gente todavía se estremece al oír su nombre.

El capitán ni se inmutó. Ni abrió los ojos ni sonrió.

—Eres presuntuoso, Matasanos. ¿Cuándo vas a aprender a usar los canales? —Usar los canales significaba ir primero a molestar al teniente. No interrumpir su cabezada a menos que los Azules estuvieran atacando el Bastión.

Le expliqué acerca de Rizos y mi gráfico.

Bajó los pies del escritorio.

—Suena como un trabajo para Compasión. —Su voz tenía un filo duro—. La Compañía Negra no sufre impunemente ataques maliciosos contra sus hombres.

Compasión era nuestro más despiadado líder de pelotón. Creía que una docena de hombres serían suficientes, pero dejó que Silencioso y yo nos uniéramos a ellos. Yo podía remendar a los heridos. Silencioso sería útil si los Azules jugaban duro. Silencioso nos hizo aguardar medio día mientras efectuaba un rápido viaje a los bosques.

—¿Qué demonios has ido a buscar? —le pregunté cuando volvió, cargado con un saco de aspecto andrajoso.

Se limitó a sonreír. Se llama Silencioso y silencioso es.

El lugar se llamaba la Taberna del Muelle. Era un lugar confortable. Yo había pasado más de una velada allí. Compasión asignó tres hombres a la puerta de atrás y un par a cada una de las dos ventanas. Envío a otros dos al tejado. Cada edificio de Berilo tiene una puerta que da al tejado. La gente duerme en él durante el verano.

Condujo al resto de nosotros a través de la puerta delantera de la Taberna del Muelle.

Compasión era un tipo bajo y arrogante, aficionado a los gestos espectaculares. Su entrada debía de ser a lo grande.

La clientela se inmovilizó, contempló nuestros escudos y nuestras hojas desnudas, las partes de nuestros rostros apenas visibles a través de los huecos de nuestras protecciones faciales.

—¡Verus! —gritó Compasión—. ¡Trae tu culo hasta aquí!

El abuelo de la familia propietaria apareció. Se deslizó hacia nosotros como un chucho esperando una patada. Los clientes empezaron a murmurar entre sí.

—¡Silencio! —atronó Compasión. Sabía sacar todo un rugido de su pequeño cuerpo.

—¿En qué puedo ayudaros, honrados señores? —preguntó el viejo.

—Puedes hacer que vengan tus hijos y tus nietos, Azul.

Algunas sillas chirriaron. Un soldado dio un golpe con su hoja contra el sobre de una mesa.

—Sentaos tranquilos —dijo Compasión—. Simplemente estáis comiendo, eso es todo. Solo perderéis una hora.

El viejo empezó a temblar.

—No comprendo, señor. ¿Qué es lo que he hecho?

Compasión sonrió perversamente.

—Sabes hacer bien el papel de inocente. Se trata de asesinato, Verus. Dos acusaciones de asesinato por envenenamiento. Dos intentos de asesinato por envenenamiento. Los magistrados suelen decretar el castigo de los esclavos. —Se estaba divirtiendo.

Compasión no era una de mis personas favoritas. Nunca había dejado de ser el chico que les arranca las alas a las moscas.

El castigo de los esclavos significa ser abandonado a las aves carroñeras tras la crucifixión pública. En Berilo solo los criminales son enterrados sin incinerar, o simplemente no son enterrados.

Brotó un rugido en la cocina. Alguien estaba intentando salir por la puerta de atrás. Nuestros hombres ponían objeciones.

La sala común estalló. Una oleada de humanidad blandiendo dagas nos golpeó.

Nos obligaron a retroceder hasta la puerta. Evidentemente los que no eran culpables temían que pudieran ser condenados con aquellos que sí lo eran. La justicia de Berilo es rápida, primitiva y dura, y raras veces proporciona al acusado la oportunidad de defenderse.

Una daga se deslizó más allá de un escudo. Uno de nuestros hombres se derrumbó. No soy un buen luchador, pero me situé cubriendo su lugar. Compasión dijo algo sarcástico que no capté.

—Acabas de perder tu oportunidad de alcanzar la gloria —repliqué—. Estás fuera de los Anales para siempre.

—Y una mierda. Tú no dejas nada fuera.

Una docena de ciudadanos fueron abatidos. La sangre formaba charcos en las depresiones del suelo. Fuera se estaban congregando espectadores. Pronto algún aventurero nos golpearía por detrás.

Una daga mordió a Compasión. Perdió la paciencia.

—¡Silencioso!

Silencioso ya estaba por la labor, pero de un modo silencioso. Eso significaba ningún sonido, y muy poca exhibición de furia.

Los clientes de la Taberna del Muelle empezaron a abofetearse el rostro y a manotear el aire, olvidándonos por completo. Saltaban y danzaban, se agarraban unos a otros, chillaban y aullaban lastimosamente. Varios se derrumbaron.

—¿Qué demonios has hecho? —pregunté.

Silencioso sonrió, dejando al descubierto unos afilados dientes. Pasó una morena zarpa por delante de mis ojos. Vi la Taberna del Muelle desde una perspectiva ligeramente alterada.

El saco que había traído de fuera de la ciudad resultó ser uno de esos nidos de avispas con los que, si tienes mala suerte, puedes tropezarte en los bosques al sur de Berilo. Sus ocupantes eran esos monstruos con aspecto de abejorros llamados avispas lampiñas. Poseen un mal genio que no tiene rival en toda la naturaleza. Se lanzaron a toda velocidad contra la gente de la taberna, sin molestar a nuestros chicos.

—Un espléndido trabajo, Silencioso —dijo Compasión, tras haber descargado su furia sobre algunos clientes indefensos. Condujo a los supervivientes a la calle.

Examiné a nuestro hermano herido mientras el soldado que había resultado ileso acababa con los otros heridos. Ahorrar al Síndico el coste de un juicio y una

ejecución, lo llamaba Compasión. Silencioso miraba, aún sonriente. Tampoco es un tipo agradable, aunque raras veces participa directamente.

Tomamos más prisioneros de los esperados.

—Son un buen puñado. —Los ojos de Compasión destellaron—. Gracias, Silencioso. —La fila se extendía a lo largo de toda una manzana.

El destino es una zorra voluble. Nos condujo a la Taberna del Muelle en el momento crítico. Registrando el lugar, nuestro brujo descubrió un auténtico primer premio, todo un grupo oculto en un escondite en la bodega. Entre ellos estaban algunos de los Azules más conocidos.

Compasión empezó a preguntar en voz alta cuán espléndida debía de ser la recompensa que merecía nuestro informador. No había tal informador, por supuesto. Sus palabras eran para salvar a nuestros mansos hechiceros de convertirse en los principales blancos. Nuestros enemigos se romperían la cabeza buscando espías fantasma.

—Sacadlos —ordenó Compasión. Aún sonriendo, observó al lúgubre grupo—. ¿Creéis que intentarán algo? —No lo hicieron. Su suprema confianza acobardó a cualquiera que hubiera podido tener alguna idea.

Recorrimos de vuelta el camino por laberínticas calles casi tan viejas como el mundo, con nuestros prisioneros arrastrando pesadamente los pies. No dejaba de maravillarme. Mis camaradas son indiferentes al pasado, pero yo no puedo evitar el sentirme maravillado —y ocasionalmente intimidado— por lo mucho que se sumerge en el pasado la historia de Berilo.

Compasión señaló un inesperado alto. Habíamos llegado a la Avenida de los Síndicos, que serpentea desde la Casa de la Aduana hacia arriba hasta la puerta principal del Bastión. Había una procesión en la avenida. Aunque habíamos llegado primero a la intersección, Compasión cedió el derecho de paso.

La procesión consistía en un centenar de hombres armados. Parecían más duros que nadie en Berilo excepto nosotros. Frente a ellos cabalgaba una figura oscura sobre el más grande garañón negro que haya visto nunca. El jinete era bajo, afeminadamente delgado, y vestido con un desgastado atuendo de piel negra. Llevaba un morrión negro que ocultaba enteramente su cabeza. Guantes negros cubrían sus manos. Parecía ir desarmado.

—Que me maldiga —susurró Compasión.

Me sentí inquieto. Aquel jinete me hizo estremecer. Algo primitivo muy dentro de mí sintió deseos de echar a correr. Pero la curiosidad me ganó. ¿Quién era? ¿Había venido al puerto con aquel extraño barco? ¿Por qué estaba allí?

La mirada sin ojos del jinete nos barrió indiferentemente, como si la pasara por encima de un rebaño de ovejas. Luego la volvió hacia atrás y la clavó en Silencioso.

Silencioso le devolvió la mirada y no mostró ningún miedo. Y, pese a todo, pareció en cierto modo como disminuido.

La columna pasó, firme, disciplinada. Estremecido, Compasión dio orden de que siguiéramos. Entramos en el Bastión tan solo unos metros detrás de los extranjeros.

Habíamos arrestado a la mayoría de los líderes Azules más conservadores. Cuando se difundió la noticia de la incursión, los tipos veleidosos decidieron flexionar sus músculos. Desencadenaron algo monstruoso.

El clima perpetuamente abrasivo le hace algo a la razón de los hombres. La gente de Berilo es salvaje. Los desórdenes se producen casi sin ninguna provocación. Cuando las cosas van mal los muertos alcanzan el número de miles. Esta fue una de las peores ocasiones.

El ejército es la mitad del problema. Un desfile de débiles Síndicos con cortos períodos en el cargo hace que la disciplina se relaje. Llega un momento en que las tropas se hallan más allá de todo control. Generalmente, sin embargo, actuarán contra los disturbios. Ven la supresión de los disturbios como una licencia para saquear.

Ocurrió lo peor. Varias cohortes de los Acuartelamientos de la Bifurcación exigieron un donativo especial antes de responder a una directriz de restablecer el orden. El Síndico se negó a pagar.

Las cohortes se amotinaron.

El pelotón de Compasión estableció rápidamente un punto fuerte cerca de la Puerta del Muladar y retuvo a las tres cohortes. La mayor parte de nuestros hombres resultaron muertos, pero ninguno huyó. El propio Compasión perdió un ojo, un dedo, fue herido en el hombro y la cadera, y tenía más de un centenar de agujeros en su escudo cuando llegó la ayuda. Vino a mí más muerto que vivo.

Al final, los amotinados se dispersaron antes que enfrentarse al resto de la Compañía Negra.

Los desórdenes fueron los peores que recuerdo. Perdimos casi un centenar de hermanos intentando reprimirlos. No podíamos permitirnos perder más. En el Quejido las calles estaban alfombradas de cadáveres. Las ratas se pusieron gordas. Nubes de buitres y cuervos emigraron desde el campo.

El capitán ordenó que la Compañía permaneciera en el Bastión.

—Dejemos que las cosas sigan su curso —dijo—. Ya hemos hecho suficiente. —Estaba más allá de sentirse disgustado, amargado—. Nuestra comisión no requiere que nos suicidemos.

Alguien hizo un chiste acerca de dejarnos caer sobre nuestras espadas.

—Parece que eso es lo que espera el Síndico.

Berilo había minado nuestro espíritu, pero a nadie había dejado tan desilusionado como al capitán. Se culpaba de nuestras pérdidas. De hecho, intentó renunciar.

La gente se había instalado en un hosco, rencoroso, inconexo esfuerzo por sostener el caos, interfiriendo con cualquier intento de luchar contra los incendios o prevenir

los saqueos, pero por lo demás simplemente no haciendo nada. Las cohortes amotinadas, engrosadas por los desertores de otras unidades, estaban sistematizando el asesinato y el pillaje.

La tercera noche me hallaba de guardia en le Muralla Trejana, debajo del manto de las estrellas, un estúpido en un turno de centinela voluntario. La ciudad estaba extrañamente tranquila. Puede que me hubiera sentido más inquieto si no hubiera estado tan cansado. Tal como estaban las cosas, hacía todo lo posible por mantenerme despierto.

Tam-Tam vino a mi lado.

—¿Qué demonios haces aquí fuera, Matasanos?

—Matar el tiempo.

—Tienes el aspecto de un muerto clavado en un palo. Ve a descansar un poco.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto, enano.

Se encogió de hombros.

—¿Cómo está Compasión?

—Todavía no ha ido al bosque. —En realidad tenía pocas esperanzas respecto a él. Señalé—. ¿Sabes algo acerca de eso de ahí fuera? —Un grito aislado resonó en la distancia. Tenía una cualidad que lo ponía aparte de todos los demás gritos recientes. Esos habían estado llenos de dolor, rabia y miedo. Este tenía ecos de algo más siniestro.

Tosió y carraspeó de esta forma que tienen de hacerlo él y su hermano Un Ojo. Si no lo sabes, imaginan que es un secreto que vale la pena conservar. ¡Hechiceros!

—Corre el rumor de que los amotinados rompieron los sellos de la tumba de los forvalakas mientras estaban saqueando la Colina Necropolitana.

—¿Eh? ¿Esas cosas están sueltas?

—El Síndico cree que sí. El capitán no se lo toma en serio.

Yo tampoco, aunque Tam-Tam parecía preocupado.

—Parecían duros. Los que estuvieron aquí el otro día.

—Hubiéramos debido reclutarlos —dijo, con un cierto tono de tristeza. Él y Un Ojo llevan mucho tiempo en la Compañía. Han visto mucho de su declive.

—¿Por qué están aquí?

Se encogió de hombros.

—Descansa un poco, Matasanos. No te mates. Al final no representará ninguna diferencia. —Se alejó, perdido en los páramos de sus pensamientos.

Alcé una ceja. Él *estaba* tocado. Me volví a los fuegos y a las luces y a la inquietante ausencia de alboroto. Mis ojos seguían cruzándose, mi visión se nublabá. Tam-Tam tenía razón. Necesitaba dormir.

De la oscuridad me llegó otro de aquellos extraños y desesperanzados gritos. Este más cerca.

—Arriba, Matasanos. —El teniente no se mostró gentil—. El capitán te quiere en la sala de oficiales.

Gruñí. Maldije. Amenacé con mutilaciones en primer grado. Sonrió, apretó un nervio en mi codo, me hizo rodar al suelo.

—Ya estoy de pie —gruñí, tanteando en busca de mis botas—. ¿De qué se trata?

Ya se había ido.

—¿Saldrá Compasión de esta, Matasanos? —preguntó el capitán.

—No lo creo, pero he visto milagros más grandes.

Todos los oficiales y sargentos estaban allí.

—Queréis saber lo que ocurre —dijo el capitán—. El visitante del otro día era un enviado de ultramar. Ofreció una alianza. Los recursos militares del norte a cambio del apoyo de las flotas de Berilo. Me pareció razonable. Pero el Síndico se muestra testarudo. Todavía está trastornado por la conquista de Ópalo. Le sugerí que fuera más flexible. Si estos norteños son unos villanos, entonces la opción de la alianza puede ser el menor de varios males. Mejor una alianza que un tributo. Nuestro problema es; ¿Dónde nos situamos nosotros si el delegado presiona?

Arrope dijo:

—¿Debemos negarnos si nos dice que luchemos contra esos norteños?

—Quizá. Luchar contra un hechicero puede significar nuestra destrucción.

¡Bam! La puerta de la sala se abrió de golpe. Un hombre bajo, moreno, nervudo, precedido por el gran pico curvo de una nariz, entró en tromba. El capitán se puso en pie de un salto e hizo resonar sus tacones.

—Síndico.

Nuestro visitante clavó ambos puños sobre la mesa.

—Ordenaste a tus hombres que se retiraran al Bastión. No os pago para que os escondáis como perros apaleados.

—No nos pagas para que nos convirtamos en mártires, señor —respondió el capitán con su voz de razonar con idiotas—. Somos un cuerpo de guardia, no una policía. Mantener el orden es tarea de las Cohortes Urbanas.

El Síndico estaba cansado, perturbado, asustado, al borde del desequilibrio emocional. Como todos.

—Hay que ser razonables —sugirió el capitán—. Berilo ha pasado un punto de no retorno. El caos se ha apoderado de las calles. Cualquier intento por restablecer el orden está condenado. La cura ahora es la enfermedad.

Me gustó aquello. Había empezado a odiar Berilo.

El Síndico se encogió sobre sí mismo.

—Todavía están los forvalakas. Y ese buitre del norte, aguardando junto a la Isla.

Tam-Tam se sobresaltó de su semisueño.

—¿Junto a la isla?

—Aguardando a que yo le suplique.

—Interesante. —El pequeño hechicero volvió a sumirse en su semisueño.

El capitán y el Síndico discutieron sobre los términos de nuestro cometido. Yo saqué nuestra copia del acuerdo. El Síndico intentó estirar algunas cláusulas con un «Sí, pero...» Evidentemente, deseaba pelear si el enviado empezaba a hacer presión.

Elmo empezó a roncar. El capitán nos despidió, reanudó su discusión con nuestro empleador.

Supongo que siete horas pueden pasar como una noche de sueño. No estrangulé a Tam-Tam cuando me despertó. Pero refunfuñé y protesté hasta que amenazó con convertirme en un asno rebuznando en la Puerta del Amanecer. Solo entonces, después de vestirme y reunirnos con una docena de los demás, me di cuenta de que no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo.

—Vamos a ir a echar un vistazo a una tumba —dijo Tam-Tam.

—¿Eh? —Algunas mañanas no soy muy brillante.

—Vamos a ir a la Colina Necropolitana para echar un vistazo a esa tumba de los forvalakas.

—Hey, espera un minuto...

—¿Gallina? Siempre pensé que lo eras, Matasanos.

—¿De qué estás hablando?

—No te preocupes. Llevarás contigo tres de los principales hechiceros, sin nada más que hacer que cuidar de nuestros culos. Un Ojo iría también, pero el capitán desea que se quede por aquí.

—Lo que quiero saber es por qué.

—Para averiguar si los vampiros son reales. Pueden ser una invención de ese barco fantasma.

—Un buen truco. Quizás hubiéramos debido pensar en él. —La amenaza de los forvalakas había conseguido lo que no había logrado la fuerza de las armas: acallar los desórdenes.

Tam-Tam asintió. Pasó sus dedos por el pequeño tambor cuyo batir le había dado su nombre. Archivé el pensamiento. Es peor que su hermano cuando se trata de admitir deficiencias.

La ciudad estaba tan tranquila como un viejo campo de batalla. Como un campo de batalla, estaba lleno de hedor, moscas, carroñeros y muertos. El único sonido era el resonar de nuestras botas y, en una ocasión, el lúgubre llanto de un triste perro montando guardia junto a su caído amo.

—El precio del orden —murmuré. Intenté ahuyentar al perro. No se movió.

—El coste del caos —me contradijo Tam-Tam. *Tump* en su tambor—. No es en absoluto lo mismo, Matasanos.

La Colina Necropolitana es más alta que la altura sobre la que se asienta el Bastión. Desde el Recinto Superior, donde se encuentran los mausoleos de los ricos, pude ver el barco norteño.

—Ahí está, esperando —dijo Tam-Tam—. Como dijo el Síndico.

—¿Por qué simplemente no entran? ¿Quién se lo impediría?

Tam-Tam se encogió de hombros. Nadie más ofreció una opinión.

Alcanzamos la tumba de varios pisos. Su aspecto era como rezaba el rumor y la leyenda. Era muy, muy antigua, definitivamente como golpeada por un rayo, y con las huellas de las cicatrices de herramientas. Una gruesa puerta de roble había sido reventada. Fragmentos y astillas yacían esparcidos a lo largo y ancho de una docena de metros a su alrededor.

Goblin, Tam-Tam y Silencioso unieron sus cabezas. Alguien hizo un chiste acerca de que de esa forma puede que tuvieran un cerebro entre los tres. Goblin y Silencioso ocuparon entonces sus puestos flanqueando la puerta, a unos pocos pasos de distancia. Tam-Tam se situó directamente frente a ella. Agitó los pies en el suelo como un toro a punto de embestir, halló el punto, se dejó caer acucillado con los brazos extrañamente alzados, como una parodia de un maestro de artes marciales.

—¿Qué os parece, estúpidos, si abrí la puerta? —gruñó—. Idiotas. He tenido que traer idiotas. —*Bam-bam* sobre el tambor—. Quietos ahí, con los dedos metidos en su narices.

Un par de nosotros agarramos la arruinada puerta y tiramos. Estaba demasiado combada para ceder mucho. Tam-Tam tabaleó su tambor, lanzó un grito abominable y saltó dentro. Goblin saltó al portal tras él. Silencioso les siguió deslizándose rápidamente.

Dentro, Tam-Tam dejó escapar un chillido de rata y empezó a estornudar. Salió tambaleándose, lloriqueando, frotándose la nariz con el dorso de las manos. Sonó como si tuviera un terrible resfriado cuando dijo:

—No era ningún truco. —Su piel de ébano se había vuelto gris.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Señaló la tumba con el pulgar. Goblin y Silencioso estaban dentro ahora. Empezaron a estornudar.

Me deslicé hasta el portal, miré dentro. No pude ver nada. Solo denso polvo a la luz del sol. Entonces entré. Mis ojos se ajustaron.

Había huesos por todas partes. Huesos formando montones, huesos apilados, huesos dispuestos cuidadosamente por alguien loco. Eran unos huesos singulares, similares a los de los hombres, pero de extrañas proporciones a mis ojos de médico. Originalmente debían de haber sido unos cincuenta cuerpos. Realmente los habían metido apretujados allí cuando lo hicieron. Forvalakas, sin duda, puesto que Berilo entierra a sus villanos sin incinerar.

También había cadáveres recientes. Conté siete soldados muertos antes de que empezaran los estornudos. Llevaban los colores de una de las cohortes amotinadas.

Arrastré un cuerpo hasta fuera, lo solté, me tambaleé unos pocos pasos, me puse ruidosamente enfermo. Cuando recuperé el control, me volví para examinar mi botín.

Los otros estaban a mi alrededor, verdosos.

—Ningún fantasma hizo eso —dijo Goblin. Tam-Tam asintió con la cabeza. Estaba más impresionado que nadie. Más de lo que exigía lo que estábamos viendo, pensé.

Silencioso se dedicó a sus cosas, conjurando de alguna forma una pequeña pero enérgica brisa que penetró por la puerta del mausoleo y volvió a salir, cargada con polvo y olor a muerte.

—¿Estás bien? —le pregunté a Tam-Tam.

Eché una mirada a mi maletín de médico y me hizo un gesto con la mano.

—Estaré bien. Solo estaba recordando.

Le di un minuto, luego pinché:

—¿Recordando?

—Éramos muchachos, Un Ojo y yo. Acababan de vendernos a N'Gamo, para convertirnos en aprendices suyos. Vino un mensajero de un poblado de las colinas. —Se arrodilló al lado del soldado muerto—. Las heridas son idénticas.

Me sentí impresionado. Nada humano mataba de esa forma, pero el daño parecía deliberado, calculado, la obra de una inteligencia maligna. Eso lo hacía más horrible.

Tragué saliva, me arrodillé, inicié mi examen. Silencioso y Goblin volvieron a entrar en la tumba. Goblin llevaba una pequeña bola ambarina de luz que hacía girar en sus manos formando copa.

—No hay sangre —observé.

—Esas cosas toman la sangre —dijo Tam-Tam. Silencioso arrastró fuera otro cuerpo—. Y los órganos, cuando tienen tiempo. —El segundo cuerpo había sido abierto en canal desde la garganta hasta la ingle. Faltaban el corazón y el hígado.

Silencioso volvió dentro. Goblin salió. Se sentó en una lápida rota y sacudió la cabeza.

—¿Y bien? —preguntó Tam-Tam.

—Definitivamente auténtico. No es ninguna broma de nuestro amigo. —Señaló. El barco norteño continuaba su patrulla en medio de un enjambre de botes de pesca y barcos de cabotaje—. Había cincuenta y cuatro de ellos sellados aquí arriba. Se devoraron unos a otros. Este era el último que quedó.

Tam-Tam saltó como si hubiera sido abofeteado.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Eso significa que la cosa era la más astuta, cruel, detestable y loca de todo el lote.

—Vampiros —murmuré—. En esta época.

—No estrictamente un vampiro —dijo Tam-Tam—. Se trata del hombre leopardo, que camina sobre dos piernas durante el día y a cuatro patas por la noche.

Yo había oído hablar de hombres lobo y de hombres oso. Los campesinos alrededor de mi ciudad natal cuentan ese tipo de historias. Pero nunca había oído hablar de un hombre leopardo. Se lo dije a Tam-Tam.

—El hombre leopardo es del lejano sur. De la jungla. —Miró hacia el mar—. Tienen que ser enterrados vivos.

Silencioso depositó otro cadáver.

Hombres leopardo bebedores de sangre, comedores de hígados. Antiguos, con la astucia de la oscuridad, llenos con un milenio de odio y de hambre. La materia de la que se forman las pesadillas.

—¿Puedes ocuparte de eso?

—N'Gamo no pudo. Yo nunca podré igualarme a él, y él perdió un brazo y un pie intentando destruir un joven macho. Lo que tenemos aquí parece ser una vieja hembra. Amargada, cruel y lista. Nosotros cuatro juntos podríamos retenerla. Pero conquistarla no.

—Pero si vosotros y Un Ojo conocéis a esa cosa...

—No. —Se estremeció. Sujetó tan fuerte su tambor que crujió—. No podemos.

El caos murió. Las calles de Berilo permanecían tan absolutamente silenciosas como las de una ciudad destruida. Incluso los amotinados se ocultaban hasta que el hambre los empujara a los graneros de la ciudad.

El Síndico intentó apretarle las clavijas al capitán. El capitán lo ignoró. Silencioso, Goblin y Un Ojo rastrearon al monstruo. La cosa funcionaba a un nivel puramente animal, resarciéndose del hambre de años. Las distintas facciones asediaron al Síndico con demandas de protección.

El teniente nos llamó de nuevo a la sala de oficiales. El capitán no perdió tiempo.

—Nuestra situación es grave —dijo. Se puso a caminar arriba y abajo—. Berilo está eligiendo un nuevo Síndico. Todas las facciones le han pedido a la Compañía Negra que se mantenga al margen.

El dilema moral escalaba con las apuestas.

—No somos héroes —continuó el capitán—. Somos duros. Somos testarudos. Intentamos honrar nuestros compromisos. Pero no morimos por las causas perdidas.

Protesté, la voz de la tradición cuestionando la proposición no formulada.

—La cuestión sobre la mesa es la supervivencia de la Compañía, Matasanos.

—Hemos aceptado el oro, capitán. El honor es la cuestión sobre la mesa. Durante cuatro siglos la Compañía Negra ha cumplido con la letra de sus obligaciones. Considera el Libro de Set, registrado en los Anales del Analista Coral mientras la compañía estaba al servicio del Arconte de Hueso, durante la Revuelta de los Milenaristas.

—Considéralo tú, Matasanos.

Me sentí irritado.

—Me atengo a mi derecho como soldado libre.

—Tiene derecho a hablar —admitió el teniente. Es más tradicionalista que yo.

—Está bien. Dejémosle hablar. No tenemos por qué escuchar.

Reiteré aquella oscura hora en la historia de la Compañía..., hasta que me di cuenta de que estaba argumentando conmigo mismo. La mitad de mí deseó dejarlo.

—¿Matasanos? ¿Has terminado?

Tragué saliva.

—Encuétrame un argumento legítimo y lo aceptaré.

Tam-Tam me dedicó un tamborileo burlón. Un Ojo rió quedamente.

—Esto es un trabajo para Goblin, Matasanos. Él fue abogado antes de abrirse camino hasta esta miseria.

Goblin picó el anzuelo.

—¿Yo fui un abogado? Tu madre fue la...

—¡Ya basta! —El capitán dio una palmada sobre la mesa—. Le hemos dado la razón a Matasanos. Adelante con ello. Encontrad una salida.

Los otros parecieron aliviados. Incluso el teniente. Mi opinión, como Analista, tenía más peso del que me hubiera gustado.

—La salida obvia es la terminación del hombre que mantiene nuestro vínculo —observé. Mis palabras colgaron en el aire como un viejo mal olor. Como el hedor en la tumba de los forvalakas—. En nuestro maltrecho estado actual, ¿quién puede culparnos si un asesino logra infiltrarse?

—Tienes un asqueroso retorcimiento mental, Matasanos —dijo Tam-Tam. Me dedicó otro tamborileo.

—¿Las ollas llamando a las marmitas? Retendremos la apariencia de honor. *Podemos* fallar. A menudo lo hacemos.

—Me gusta —dijo el capitán—. Interrumpamos la reunión antes de que el Síndico acuda a preguntar qué ocurre. Tú quédate, Tam-Tam. Tengo un trabajo para ti.

Fue una noche de gritos. Una noche cálida y pegajosa del tipo que derriba las últimas y delgadas barreras entre el hombre civilizado y el monstruo acurrucado en su alma. Los gritos venían de hogares donde el miedo, el calor y el exceso de gente ponía demasiada tensión en las cadenas del monstruo.

Un viento frío rugía procedente del golfo, perseguido por enormes nubes de tormenta con los rayos cebrando sus vientres. El viento barrió lejos el hedor de Berilo. La lluvia limpió las calles. A la luz de la mañana Berilo parecía una ciudad distinta, tranquila y fresca y limpia.

Las calles estaban llenas de charcos mientras nos dirigíamos a la zona de los muelles. El agua todavía gorgoteaba en las zanjas. Al mediodía el aire volvería a estar cargado, y más húmedo que nunca.

Tam-Tam nos aguardaba en una barca que había alquilado. Dije:

—¿Cuánto te has embolsado en el trato? Esta bañera parece que va a hundirse antes de rebasar la Isla.

—Ni un cobre, Matasanos. —Sonó decepcionado. Él y su hermano eran grandes maestros en el mercado negro—. Ni un cobre. Esta es una embarcación más resistente y estanca de lo que parece. Su dueño es un contrabandista.

—Aceptaré tu palabra. Tú lo sabrás. —No obstante, subí cautelosamente a bordo. Frunció el ceño. Se suponía que debíamos fingir que la avaricia de Tam-Tam y Un Ojo no existía.

Salíamos a mar abierto a establecer un acuerdo. Tam-Tam tenía carta blanca del capitán. El teniente y yo le acompañábamos para darle una rápida patada si se pasaba. Silencioso y media docena de soldados nos acompañaban para causar impresión.

Una lancha de la aduana nos dio el alto junto a la Isla. Nos habíamos ido antes de que pudiera ponerse en camino. Me agaché, miré por debajo de la botavara. El barco negro se fue haciendo más y más grande.

—Esa maldita cosa es una isla flotante.

—Demasiado grande —gruñó el teniente—. Los barcos de este tipo no pueden resistir un mar embravecido.

—¿Por qué no? ¿Cómo lo sabes? —Incluso mareado me sentía curioso hacia mis hermanos.

—Navegué como grumete cuando era joven. Aprendí cosas sobre los barcos. —Su tono desalentó un nuevo interrogatorio. La mayoría de los hombres desean mantener en privado sus antecedentes. Como cabe esperar de una compañía de villanos mantenidos juntos por su ahora y su nosotros-contra-el-mundo.

—No es demasiado grande si tú tienes tu embarcación taumatúrgica para atarla —señaló Tam-Tam. Estaba inquieto, y tabaleaba su tambor con un ritmo nervioso al azar. Tanto él como Un Ojo odiaban el agua.

Bien. Un misterioso encantador norteño. Un barco tan negro como los suelos del infierno. Mis nervios empezaron a deshilacharse.

Su tripulación echó una escalerilla para que subiéramos. El teniente lo hizo con rapidez. Parecía impresionado.

No soy marinero, pero el barco parecía bien ordenado y disciplinado.

Un oficial joven nos recibió a Tam-Tam, Silencioso y a mí y nos pidió que le acompañáramos. Nos condujo escaleras abajo y a través de pasillos hacia popa, sin hablar.

El emisario del norte permanecía sentado con las piernas cruzadas en medio de ricos almohadones, respaldado por las abiertas portillas de popa, en una cabina digna de un potentado oriental. Me quedé boquiabierto. Tam-Tam se derritió de avaricia. El emisario se echó a reír.

La risa fue una conmoción. Una risita aguda más apropiada a una madonna de quince años que a un hombre más poderoso que cualquier rey.

—Disculpad —dijo, apoyando delicadamente una mano donde debería de estar su boca si no llevara aquel morrión negro. Luego—: Sentaos.

Mis ojos se desorbitaron pese a mí mismo. Cada observación procedía de una voz claramente distinta. ¿Había todo un comité dentro de aquel casco?

Tam-Tam tragó aire. Silencioso, siendo silencioso, simplemente se quedó sentado. Yo seguí su ejemplo e intenté no mostrarme demasiado ofensivo con mi asustada y curiosa mirada.

Tam-Tam no demostró ser el mejor diplomático aquel día. Estalló:

—El Síndico no va a durar mucho más. Queremos llegar a un acuerdo...

Silencioso clavó un dedo de su pie en su cadera.

—¿Este es nuestro osado príncipe de los ladrones? —murmuré—. ¿Nuestro hombre de nervios de acero?

El delegado dejó escapar una risita.

—¿Tú eres el médico? ¿Matasanos? Perdónale. Él me conoce.

Un frío, frío miedo me envolvió con sus oscuras alas. El sudor humedeció mis sienes. No tenía nada que ver con el calor. Una fría brisa marina fluyó a través de las portillas de popa, una brisa por la cual los hombres matarían en Berilo.

—No hay ningún motivo para temerme. Fui enviado para ofrecer una alianza que beneficiará a Berilo tanto como a mi gente. Sigo convencido de que ese acuerdo puede forjarse..., aunque no con el autócrata actual. Os enfrentáis a un problema que requiere la misma solución que la mía, pero vuestra misión os sitúa en un compromiso.

—Lo sabe todo. Es inútil hablar —croó Tam-Tam. Dio un golpe a su tambor, pero su acción no le sirvió de nada. Se estaba atragantando.

El delegado observó:

—El Síndico no es invulnerable. Ni siquiera protegido por vosotros. —Un gran gato se había comido la lengua de Tam-Tam. El enviado me miró. Me encogí de hombros—. Supongamos que el Síndico expiró mientras vuestra Compañía estaba defendiendo el Bastión contra la multitud.

—Ideal —dije—. Pero ignora la cuestión de nuestra seguridad posterior.

—Rechazáis a la multitud, luego descubris la muerte. Os quedáis sin empleo, así que abandonáis Berilo.

—¿Y adónde vamos? ¿Y cómo escapamos de nuestros enemigos? Las Cohortes Urbanas nos perseguirán.

—Decidle a vuestro capitán que, al descubrir el fallecimiento del Síndico, si yo recibo una petición por escrito de mediar en la sucesión, mis fuerzas os relevarán en el Bastión. Podréis abandonar Berilo y acampar en el Macizo de la Aflicción.

El Macizo de la Aflicción es un promontorio de piedra caliza en forma de punta de flecha acribillado por pequeñas e incontables cavernas. Se proyecta sobre el mar a un día de marcha al este de Berilo. En él se alza un faro/torre de vigilancia. El nombre procede del gemido constante del viento al pasar por las cavernas.

—Eso es una maldita trampa mortal. Esos tipos simplemente nos asediarán y se reirán de nosotros hasta que nos devoremos los unos a los otros.

—Un simple asunto de hacer llegar unos cuantos botes y sacaros de allí.

Ding-ding. Una campana de alarma resonó diez centímetros detrás de mis ojos. Aquel hijoputa estaba jugando con nosotros.

—¿Por qué demonios deberías hacer eso?

—Vuestra Compañía quedaría desempleada. Yo estaría dispuesto a hacerme cargo de vuestra comisión. Hay necesidad de buenos soldados en el norte.

Ding-ding. Aquella vieja campana seguía sonando. ¿Quería llevarnos con él? ¿Para qué?

Algo me dijo que aquel no era el momento de preguntar. Cambié de terreno.

—¿Qué hay del forvalaka? —Zig cuando ellos esperaban zag.

—¿La cosa que salió de la cripta? —La voz del enviado era la de la mujer de tus sueños, ronroneando: «Anda, ven»—. Puede que también tenga trabajo para él.

—¿Lo controlarás?

—Una vez haya servido a su propósito.

Pensé en el rayo que había anulado el conjuro de confinamiento sobre una placa que había resistido un milenio de manipulaciones. Mantuve mis sospechas fuera de mi rostro, estoy seguro de ello. Pero el emisario dejó escapar una risita.

—Quizá, médico. Quizá no. Un interesante rompecabezas, ¿no? Id a vuestro capitán. Decidíos. Pero rápido. Vuestros enemigos están listos para hacer su movimiento. —Hizo un gesto despidiéndonos.

—¡Simplemente entrega la valija! —bufó el capitán a Arrope—. Luego trae tu culo de vuelta aquí.

Arrope tomó la valija del correo y se fue.

—¿Algún otro quiere discutir? Tuvisteis vuestra oportunidad de libraros de mí, bastardos. La dejasteis pasar.

Los temperamentos ardían. El capitán había hecho al delegado una contraproposición, y este le había ofrecido su protección si el Síndico parecía. Arrope llevaba al enviado la respuesta del capitán.

Tam-Tam murmuró:

—No sabes lo que estás haciendo, capitán. No sabes con quién estás firmando.

—Ilumíname. ¿No? Matasanos. ¿Cómo están las cosas ahí fuera? —Yo había sido enviado a echarle un vistazo a la ciudad.

—Hay una plaga, sí. Pero no como nada que haya visto antes. El forvalaka debe de ser el vector.

El capitán me lanzó una mirada de reojo.

—Jerga médica. Un vector es un portador. La plaga se desarrolla formando bolsas alrededor de sus víctimas.

El capitán gruñó.

—¿Tam-Tam? Tú conoces a esa bestia.

—Nunca oí de una enfermedad que se extendiera así. Y todos nosotros que entramos en la tumba todavía estamos sanos.

—El portador no importa —intervine—. La plaga importa. Se hará peor si la gente no empieza a quemar los cadáveres.

—No ha penetrado en el Bastión —observó el capitán—. Y eso ha tenido un efecto positivo. La guarnición regular ha dejado de desertar.

—Encontré una gran cantidad de antagonismo en el Quejido. Están al borde de otra explosión.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Dos días? Tres en la parte de fuera.

El capitán se mordió el labio. La tensión se estaba haciendo más tensa.

—Tenemos que...

Un tribuno de la guarnición se asomó a la puerta.

—Hay una multitud en la puerta exterior. Llevan un ariete.

—Vamos —dijo el capitán.

Solo tomó unos minutos dispersarlos. Unos cuantos proyectiles y unos cuantos cubos de agua hirviendo. Huyeron, rociándonos con maldiciones e insultos.

Llegó la noche. Permanecí en la muralla, observando las distantes antorchas que vagaban por la ciudad. La multitud estaba evolucionando, desarrollando un sistema nervioso. Si desarrollaba un cerebro nos encontraríamos atrapados en una revolución.

Finalmente el movimiento de las antorchas disminuyó. La explosión no se produciría esta noche. Quizá mañana, si el calor y la humedad se volvían demasiado opresivos.

Más tarde oí que algo raspaba a mi derecha. Luego una serie de chasquidos. Rasguños. Suaves, suaves, pero ahí. Acercándose. Me invadió el terror. Me quedé tan inmóvil como las gárgolas perchadas encima de la puerta. La brisa se convirtió en un viento ártico.

Algo saltó por encima de las almenas. Ojos rojos. Cuatro patas. Oscuro como la noche. Un leopardo negro. Se movía tan fluidamente como el agua descendiendo por la ladera de una colina. Bajó silenciosamente la escalera que conducía al patio, desapareció.

El mono en la parte de atrás de mi cerebro deseó subirse a un árbol alto, chillando, para arrojar excrementos y fruta podrida. Huí hacia la puerta más cercana, tomé una ruta protegida hasta los aposentos del capitán, entré sin llamar.

Lo encontré en su cama, las manos tras la cabeza, mirando al techo. Su habitación estaba iluminada por una única y débil vela.

—El forvalaka está en el Bastión. Lo vi llegar saltando por encima de la muralla.

—Mi voz era chillona como la de Goblin.

Gruñó.

—¿Me has oído, capitán?

—Te he oído, Matasanos. Vete. Déjame solo.

—Sí, señor. —Así que la cosa le estaba royendo. Retrocedí hacia la puerta...

El grito fue fuerte y largo y desesperado, y se cortó bruscamente. Procedía de los aposentos del Síndico. Desenvainé mi espada, cargué hacia la puerta..., tropecé con Arrope. Lo derribé. Salté por encima de él, preguntándome confusamente por qué había vuelto tan pronto.

—Vuelve dentro, Matasanos —ordenó el capitán—. ¿Quieres que te maten?

—Hubo más gritos procedentes de los aposentos del Síndico. La muerte no estaba siendo selectiva.

Arrastré a Arrope al interior. Cerramos la puerta con llave y barra. Permanecí con la espalda apoyada en ella, los ojos cerrados, jadeando. Puede que fuera mi imaginación, pero creo que oí algo gruñir mientras pasaba por ahí fuera.

—¿Y ahora qué? —preguntó Arrope. Su rostro carecía de color. Sus manos temblaban.

El capitán terminó de escribir una carta. Se la tendió.

—Ahora llévale esto.

Alguien aporreó la puerta.

—¿Qué? —restalló el capitán.

Una voz ahogada por la gruesa madera respondió. Dije:

—Es Un Ojo.

—Abre.

Abrí, Un Ojo, Tam-Tam, Goblin, Silencioso y una docena más entraron. La habitación se volvió calurosa y atestada. Tam-Tam dijo:

—El hombre leopardo está en el Bastión, capitán. —Olvidó puntuar sus palabras con el tambor. Parecía colgar olvidado en su cadera.

Otro grito desde los aposentos del Síndico. Mi imaginación me *había* engañado.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Un Ojo. Era un hombrecillo negro y arrugado no más alto que su hermano, poseedor normalmente de un extraño sentido del humor. Era un año mayor que Tam-Tam, pero a su edad eso no contaba. Ambos habían rebasado los cien años, si había que creer en los Anales. Estaba aterrado. Tam-Tam estaba al borde de la histeria. Goblin y Silencioso también estaban alterados.

—Puede dar cuenta de nosotros uno a uno.

—¿Podemos matarlo?

—Son casi invencibles, capitán.

—¿Podemos matarlo? —El capitán puso una nota dura en su voz. Él también estaba asustado.

—Sí —confesó Un Ojo. Parecía el grosor de un pelo menos aterrado que Tam-Tam—. Nada es invulnerable. Ni siquiera esa cosa en el barco negro. Pero es fuerte, rápido y listo. Las armas sirven de poco. La hechicería es mejor, pero ni siquiera eso sirve de mucho. —Nunca antes le había oído admitir sus limitaciones.

—Ya hemos hablado suficiente —gruñó el capitán—. Ahora debemos actuar. —Resultaba difícil conocer a nuestro comandante, pero ahora era transparente. Rabia y frustración ante una situación imposible se habían centrado en el forvalaka.

Tam-Tam y Un Ojo protestaron con vehemencia.

—Habéis estado pensando en eso desde que descubristeis que esa cosa estaba suelta —dijo el capitán—. Decidisteis qué había que hacer si había que hacerlo. Hacedlo.

Otro grito.

—La Torre de Papel debe de ser un matadero —murmuré—. La cosa está cazando a todo el mundo ahí arriba.

Por un momento pensé que incluso Silencioso iba a protestar.

El capitán se ciñó sus armas.

—Mecha, reúne a los hombres. Sella todas las entradas a la Torre de Papel. Elmo, toma algunos buenos albarderos y ballesteros. Flechas envenenadas.

Pasaron veinte minutos. Perdí la cuenta de los gritos. Perdí la cuenta de todo excepto de una creciente ansiedad y de una pregunta, *por qué* el forvalaka había invadido el Bastión. Por qué persistía en su caza. Le empujaba algo más que el hambre.

El delegado había apuntado que tenía un uso para él. ¿Cuál? ¿Este? ¿Qué estábamos haciendo trabajando con alguien que podía hacer eso?

Los cuatro hechiceros colaboraron en el conjuro que nos precedió, crepitante. El propio aire arrojaba chispas azules. Siguieron los albarderos. Los ballesteros los respaldaban. Detrás, otra docena de nosotros entramos en los aposentos del Síndico.

Anticlímax. La antesala de la Torre de Papel parecía perfectamente normal.

—Es arriba —nos dijo Un Ojo.

El capitán miró el pasadizo que teníamos detrás.

—Mecha, lleva a tus hombres dentro. —Tenía intención de avanzar habitación por habitación, sellando todas las salidas menos una para la retirada. Un Ojo y Tam-Tam mostraron su desacuerdo. Dijeron que la cosa sería más peligrosa acorralada. Un ominoso silencio nos rodeaba. Llevábamos varios minutos sin que se oyera ningún grito.

Hallamos la primera víctima en la base de la escalera que conducía a la Torre propiamente dicha.

—Uno de los nuestros —gruñí. El Síndico siempre se rodeaba con un pelotón de la Compañía—. ¿Los dormitorios están arriba? —Nunca había estado dentro de la Torre de Papel.

El capitán asintió.

—El nivel de la cocina, el nivel de los almacenes, los aposentos de los sirvientes en dos niveles, luego la familia, luego el propio Síndico. Biblioteca y oficinas arriba del todo. Quiere que sea difícil llegar hasta él.

Examiné el cuerpo.

—No es como los de la tumba, Tam-Tam. No tomó su sangre ni sus órganos. ¿Cómo es eso?

No tenía ninguna respuesta. Un Ojo tampoco.

El capitán escrutó las sombras de arriba.

—Ahora hay que ir con cuidado. Albarderos, paso a paso. Mantened bajas vuestras puntas. Ballesteros, permaneced cuatro o cinco pasos detrás. Disparad contra cualquier cosa que se mueva. Las espadas fuera, todo el mundo. Un Ojo, adelante con tu conjuro.

Crujido. Paso, paso, en silencio. El hedor del miedo. ¡*Quang!* Un hombre descargó accidentalmente su ballesta. El capitán escupió y gruñó como un volcán irritado.

No se veía una maldita cosa.

Los aposentos de los sirvientes. La sangre salpicaba las paredes. Había cuerpos y trozos de cuerpos esparcidos por todas partes entre muebles invariablemente destrozados. Los miembros de la Compañía son hombres duros, pero incluso el más duro se sintió conmocionado. Incluso yo, que como médico he visto lo peor que puede ofrecer el campo de batalla.

—Capitán —dijo el teniente—, voy a llamar al resto de la compañía. Esta cosa no escapará. —Su tono no admitía contradicción. El capitán se limitó a asentir.

La carnicería había causado su efecto. El miedo disminuyó un tanto. La mayoría decidimos que la cosa tenía que ser destruida.

Sonó un grito arriba. Era como un reto lanzado a nosotros, retándonos a seguir adelante. Hombres de ojos duros empezaron a subir la escalera. El aire crepité mientras el conjuro les precedía. Tam-Tam y Un Ojo intentaron dominar su terror. La caza a muerte empezó en serio.

Un buitre había expulsado al águila que anidaba en la parte superior de la Torre de Papel, realmente un mal presagio. No tuve la menor esperanza para nuestro empleador.

Subimos cinco niveles. Era horriblemente obvio que el forvalaka había visitado cada uno de ellos...

Tam-Tam alzó una mano, señaló. El forvalaka estaba cerca. Los albarderos se arrodillaron detrás de sus armas. Los ballesteros apuntaron a las sombras. Tam-Tam aguardó medio minuto. Él, Un Ojo, Silencioso y Goblin se tensaron intensamente, escuchando algo que el resto del mundo solo podía imaginar. Luego:

—Está aguardando. Id con cuidado. No le deis ninguna oportunidad.

Hice una pregunta estúpida, ya demasiado tarde para que su respuesta tuviera alguna importancia.

—¿No deberíamos usar armas de plata? ¿Puntas de flecha y hojas?

Tam-Tam pareció desconcertado.

—De donde yo vengo los campesinos dicen que a los hombres lobo hay que matarlos con plata.

—Tonterías. Los matas del mismo modo que matas cualquier otra cosa. Solo que te mueves más rápido y golpeas más fuerte porque solo tienes una oportunidad.

Cuanto más revelaba menos terrible parecía la criatura. Aquello era como cazar a un león que merodeara por el lugar. ¿Por qué tanta agitación?

Recordé los aposentos de los sirvientes.

—Todo el mundo quieto —dijo Tam-Tam—. Y en silencio. Intentaremos una sonda. —Él y sus cohortes unieron sus manos. Al cabo de un momento indicó que debíamos reanudar nuestro avance.

Llegamos a un descansillo, apretujados, un puerco espín humano con púas de acero. Los hechiceros aceleraron su encantamiento. Un furioso rugir brotó de las sombras allá delante, seguido por un raspar de garras. Algo se movió. Las ballestas hicieron ¡twang! Otro rugido, casi burlón. Los hechiceros unieron de nuevo sus cabezas. Abajo el teniente estaba disponiendo a unos hombres en posición en los lugares por los que el forvalaka debería pasar para escapar.

Avanzamos hacia la oscuridad, con la tensión escalando. Cuerpos y sangre hacían la pisada traicionera. Los hombres se apresuraban a sellar puertas. Lentamente, penetramos en una serie de oficinas. Los ballesteros dispararon en dos ocasiones.

El forvalaka aulló a menos de seis metros de distancia. Tam-Tam dejó escapar un suspiro que era a medias un gruñido.

—Lo tenemos —dijo, queriendo indicar que lo habían alcanzado con su conjuro. A seis metros de distancia. Directamente delante de nosotros. No podía ver nada... Algo se movió. Las flechas salieron disparadas. Un hombre gritó...

—¡Maldita sea! —barbotó el capitán—. Había alguien todavía vivo ahí delante. Algo tan negro como el corazón de la noche, tan rápido como la muerte inesperada, trazó un arco sobre las alabardas. Tuve un único pensamiento: *¡Rápido!*, antes de que estuviera entre nosotros. Los hombres huyeron hacia todos lados, gritaron, se cruzaron los unos en el camino de los otros. El monstruo rugió y gruñó, aplicó garras y colmillos demasiado rápido para que el ojo pudiera seguirlos. En una ocasión creí alcanzar con mi espada un flanco de oscuridad, antes de que un golpe me lanzara dos pares de metros hacia atrás.

Me puse tambaleante en pie, apoyé mi espalda contra una columna. Estaba seguro de que iba a morir, seguro de que la cosa iba a matarnos a todos. Pura arrogancia, pensar que podíamos manejarla. Solo habían pasado unos segundos. Media docena de hombres estaban muertos. Más estaban heridos. El forvalaka no parecía haber sido frenado, y mucho menos herido. Ni armas ni conjuros habían tenido ningún efecto sobre él.

Nuestros hechiceros estaban de pie formando un pequeño nudo, intentando producir otro encantamiento. El capitán formaba el núcleo de un segundo grupo. El resto de los hombres se habían dispersado. El monstruo iba de un lado para otro, como si los estuviera escogiendo.

Un fuego gris rasgó la estancia, exponiéndola completamente por un instante, grabando a fuego la carnicería en el fondo de mis globos oculares. El forvalaka gritó, esta vez con genuino dolor. Un punto para los hechiceros.

Se lanzó hacia mí. Agité los brazos presa del pánico mientras pasaba por mi lado como una exhalación. Giró, tomó carrera de nuevo, saltó hacia los hechiceros. Lo recibieron con otro relampagueante conjuro. El forvalaka aulló. Un hombre gritó. La bestia se revolvió en el suelo como una serpiente agonizante. Los hombres la apuñalaron con picas y espadas. Se puso en pie y se lanzó hacia la salida que habíamos mantenido abierta para nosotros.

—¡Viene! —aulló el capitán al teniente.

Me derrumbé, incapaz de sentir nada excepto alivio. Se había ido... Antes de que mi culo tocara el suelo Un Ojo tiraba de mí para ponerme de nuevo en pie.

—Ven, Matasanos. Alcanzó a Tam-Tam. Tienes que ayudarlo.

Avancé tambaleante, dándome cuenta de pronto de una herida poco profunda a lo largo de una de mis piernas.

—Será mejor que limpie esto —murmuré—. No creo que esas garras estuvieran muy limpias.

Tam-Tam era un amasijo de carne humana. Su garganta estaba desgarrada, su vientre abierto. Sus brazos y pecho habían sido rasgados hasta el hueso. Sorprendentemente todavía estaba vivo, pero no había nada que yo pudiera hacer. Nada que ningún médico pudiera hacer. Ni siquiera un maestro mago, especializado en

curaciones, podría haber salvado al pequeño hombre negro. Pero Un Ojo insistió en que lo intentara, y lo intenté hasta que el capitán me arrastró hacia otro lado para atender a unos hombres cuya muerte era menos segura. Un Ojo le vociferó a sus espaldas cuando me alejó.

—¡Traed algunas luces aquí! —ordené. Al mismo tiempo el capitán empezó a reunir a los no heridos junto a la puerta abierta, diciéndoles que la sujetaran.

A medida que la luz se fue haciendo más fuerte la extensión de la debacle se hizo más evidente. Habíamos sido diezmados. Más aún, una docena de hermanos que no habían estado con nosotros yacían esparcidos por toda la estancia. Habían estado de servicio. Entre ellos había otros secretarios y consejeros del Síndico.

—¿Alguien ha visto al Síndico? —preguntó el capitán—. Tenía que estar aquí. —Él y Mecha y Elmo empezaron a buscar. No tuve muchas posibilidades de seguir su operación. Cosí y remendé como un loco, reclamando toda la ayuda que pude. El forvalaka había dejado profundas heridas de garra que requerían una hábil y cuidadosa sutura.

De alguna forma, Goblin y Silencioso consiguieron calmar a Un Ojo lo suficiente como para que ayudara. Quizá le hicieron algo. Trabajó como en una nube, apenas a este lado de la inconsciencia.

Eché otra mirada a Tam-Tam cuando tuve una oportunidad. *Todavía* estaba vivo, aferrado a su pequeño tambor. ¡Maldita sea! Tanta testarudez merecía una recompensa. Pero ¿cómo? Mi experiencia simplemente no era la adecuada.

—¡Hey! —gritó Mecha—. ¡Capitán! —Alcé la vista. Estaba golpeando un cofre con su espada.

El cofre era de piedra. Era una caja fuerte de un tipo muy usado por los ricos de Berilo. Supongo que este debía de pesar más de doscientos kilos. Su exterior estaba caprichosamente tallado. La mayor parte de la decoración había sido demolida. ¿Por unas garras?

Elmo rompió la cerradura y abrió la tapa. Tuve el atisbo de un hombre tendido encima de un montón de oro y joyas, los brazos rodeando su cabeza, temblando. Elmo y el capitán intercambiaron hoscas miradas.

Me distrajo la llegada del teniente. Había mantenido su puesto escaleras abajo hasta que le preocupó el que no ocurriera nada. El forvalaka no había bajado.

—Registrad la torre —le dijo el capitán—. Quizá fue arriba. —Había un par de niveles por encima de nosotros.

Cuando miré otra vez el cofre estaba cerrado de nuevo. Nuestro empleador no se veía por ninguna parte. Mecha estaba sentado encima, limpiándose las uñas con una daga. Miré al capitán y a Elmo. Había algo ligeramente extraño en ellos.

Supuse que no habrían terminado ellos la tarea del forvalaka. No. El capitán no traicionaría de aquel modo los ideales de la Compañía, ¿verdad?

No pregunté.

La búsqueda de la torre no reveló nada excepto un rastro de sangre que conducía a la parte superior, donde el forvalaka se había echado para recuperar sus fuerzas.

Había sido malherido, pero había escapado descendiendo por la cara externa de la torre.

Alguien sugirió que lo siguiéramos. A lo que el capitán respondió:

—Abandonamos Berilo. Ya no estamos empleados aquí. Tenemos que irnos antes de que la ciudad se vuelva contra nosotros. —Envió a Mecha y a Elmo a echar una ojeada a la guarnición nativa. El resto evacuó a los heridos de la Torre de Papel.

Durante varios minutos permanecí a solas allí. Miré el gran cofre de piedra. Surgió la tentación, pero la resistí. No quería saber.

Arroje volvió tras toda la excitación. Nos dijo que el delegado estaba en el muelle desembarcando sus tropas.

Los hombres estaban recogiendo y cargando sus cosas, algunos murmurando sobre los acontecimientos en la Torre de Papel, otros quejándose acerca de tener que irse. Dejas de moverte e inmediatamente echas raíces. Acumulas cosas. Encuentras a una mujer. Entonces ocurre lo inevitable y tienes que dejarlo todo. Flotaba mucho dolor en torno a nuestros acuartelamientos.

Estaba en la puerta cuando llegaron los norteños. Ayudé a hacer girar el cabrestante que alzaba el rastrillo. No me sentía demasiado orgulloso. Sin mi aprobación, el Síndico tal vez no hubiera sido traicionado nunca.

El delegado ocupó el Bastión. La Compañía inició su evacuación. Por aquel entonces era más o menos la tercera hora después de la medianoche y las calles estaban desiertas.

A dos tercios del camino de la Puerta del Amanecer el capitán ordenó un alto. Los sargentos reunieron a todos los que aún estaban en condiciones de luchar. El resto siguió su camino con los carros.

El capitán nos llevó al norte de la Avenida del Antiguo Imperio, donde los emperadores de Berilo se habían memorializado a sí mismos y sus triunfos. Muchos de los monumentos son extraños, y celebran minucias tales como caballos favoritos, gladiadores, o amantes de ambos sexos.

Experimenté un mal sentimiento antes incluso de que alcanzáramos la Puerta del Muladar. La inquietud se convirtió en sospecha, y la sospecha floreció en una lúgubre certeza cuando entramos en los campos marciales. No hay nada cerca de la Puerta del Muladar excepto los Acuartelamientos de la Bifurcación.

El capitán no hizo ninguna declaración específica. Cuando alcanzamos el complejo de la Bifurcación todo el mundo sabía lo que se preparaba.

Las Cohortes Urbanas demostraron ser tan chapuceras como siempre. La puerta del complejo estaba abierta y el único guardia estaba dormido. Entramos sin resistencia. El capitán empezó a asignar tareas.

Había allí entre cinco y seis mil hombres. Sus oficiales habían restablecido una cierta disciplina, y les habían persuadido de devolver sus armas a los armeros.

Tradicionalmente, los capitanes de Berilo solo confían las armas a sus hombres la vigilia de la batalla.

Tres pelotones entraron directamente en los barracones, matando a los hombres en sus camas. El pelotón restante estableció una posición de bloqueo en el otro extremo del complejo.

El sol ya había salido antes de que el capitán se sintiera satisfecho. Nos retiramos y nos apresuramos detrás de la caravana de nuestras cosas. No había ni un hombre entre nosotros que no hubiera quedado saciado.

No fuimos perseguidos, por supuesto. Nadie acudió a poner sitio al campamento que establecimos en el Macizo de la Aflicción. Lo cual era de lo que se trataba. Eso, y el desahogo de varios años de furia acumulada.

Elmo y yo estábamos de pie en la punta del promontorio, observando el sol vespertino jugar en los bordes de una tormenta allá a lo lejos en el mar. Había danzado sobre nosotros y había inundado nuestro campamento con un frío diluvio, luego se había alejado mar adentro. Era hermoso, aunque no especialmente colorista.

Elmo no había tenido mucho que decir recientemente.

—¿Algo te corroe, Elmo? —La tormenta se movía delante de la luz, proporcionando al mar el aspecto del hierro oxidado. Me pregunté si el frío habría alcanzado Berilo.

—Imagino que puedes adivinarlo, Matasanos.

—Imagino que puedo. —La Torre de Papel. Los Acuartelamientos de la Bifurcación. Nuestro innoble trato de nuestra comisión—. ¿Cómo piensas que será, ahí al norte del mar?

—Piensas que el brujo negro vendrá, ¿eh?

—Vendrá, Elmo. Simplemente está teniendo problemas en conseguir que sus marionetas bailen a su son. —¿Cómo no los tendría, intentando domar aquella loca ciudad?

—Hummm. —Y—: Mira ahí.

Un grupo de ballenas se agitaban en el agua más allá de las rocas frente a la lengua de tierra. Intenté no parecer impresionado, y fracasé. Los animales eran magníficos, danzando allá en el mar de hierro.

Nos sentamos de espaldas al faro. Parecía como si contempláramos un mundo jamás mancillado por el hombre. Algunas veces sospecho que sería mejor con nuestra ausencia.

—Hay un barco ahí fuera —dijo Elmo.

No lo vi hasta que su vela captó el fuego del sol del atardecer, convirtiéndose en un triángulo naranja orlado de oro, balanceándose con el subir y el bajar de las olas.

—Un barco de cabotaje. Quizá veinte toneladas.

—¿Tan grande?

—Para un barco de cabotaje. Los barcos de alta mar llegan a veces a las ochenta toneladas.

Transcurrió el tiempo, en un voluble arrastrar. Observamos el barco y las ballenas. Empecé a soñar despierto. Por centésima vez intenté imaginar la nueva tierra, sobre la base de las historias de los comerciantes oídas de segunda mano. Seguramente cruzaríamos hasta Ópalo. Ópalo era un reflejo de Berilo, decían, aunque era una ciudad más joven...

—Ese estúpido va a meterse contra las rocas.

Desperté. El barco de cabotaje estaba peligrosamente cerca de ese peligro. Cambió de rumbo en el último momento, eludió el desastre por un centenar de metros y reanudó su rumbo original.

—Eso pone algo de excitación a nuestros días —observé.

—Uno de estos días vas a decir algo sin ser sarcástico y me retorceré y moriré, Matasanos.

—Eso me mantiene cuerdo, amigo.

—Eso es debatible, Matasanos. Debatible.

Volví a mirar el mañana a la cara. Mejor que mirar hacia atrás. Pero el mañana se negaba a quitarse la máscara.

—Vuelve —dijo Elmo.

—¿Qué? Oh. —El barco de cabotaje se bamboleaba en las olas, sin apenas avanzar, mientras su proa giraba hacia la costa debajo de nuestro campamento.

—¿Quieres decírselo al capitán?

—Supongo que ya lo sabrá. Los hombres en el faro.

—Claro.

—Mantén un ojo atento por si ocurre algo más.

Ahora la tormenta se estaba deslizando hacia el oeste, oscureciendo aquel horizonte y cubriendo el mar con el manto de su sombra. El gris y frío mar. De pronto me sentí aterrado ante la idea de cruzarlo.

El barco de cabotaje trajo noticias de los amigos contrabandistas de Tam-Tam y Un Ojo. Un Ojo se mostró más lúgubre y hosco todavía después de recibir las, y ya había alcanzado uno de sus puntos más bajos. Incluso se abstuvo de discutir con Goblin, lo cual era realmente raro. La muerte de Tam-Tam le había golpeado duramente, y no conseguía reponerse. No nos dijo lo que le habían comunicado sus amigos.

El capitán no estaba mucho mejor. Su humor era abominable. Creo que ansiaba y temía al mismo tiempo la nueva tierra. La comisión significaba un renacimiento potencial para la Compañía, tras dejar nuestros pecados atrás, pero sentía recelos hacia el servicio hacia el cual íbamos. Sospechaba que el Síndico había tenido razón acerca del imperio del norte.

El día siguiente a la visita de los contrabandistas trajo frías brisas del norte. La niebla cubrió el promontorio de tierra desde primera hora de la mañana. Poco después del anochecer, saliendo de esa niebla, un bote varó en la playa. El delegado había llegado.

Reunimos nuestras cosas y empezamos a despedirnos de las seguidoras del campamento que habían venido desde la ciudad. Nuestros animales y equipo serían su recompensa por su fe y su amistad. Pasé una triste y agradable hora con una mujer para quien yo significaba más de lo que había sospechado. No derramamos lágrimas y no nos dijimos ninguna mentira. La dejé con sus recuerdos y la mayor parte de mi patética fortuna. Me dejó con un nudo en la garganta y una sensación de pérdida casi insondable.

—Vamos, Matasanos —me dije mientras bajaba a la playa—. Has pasado por esto antes. La olvidarás antes de que llegues a Ópalo.

Había ya media docena de botes en la playa. A medida que cada uno de ellos se llenaba los marineros norteños los empujaban al agua. Los remeros accionaban sus remos, y en segundos desaparecían en la niebla. Otros botes vacíos acudían bamboleándose a sustituirlos. Algunos botes se encargaron del equipo y las posesiones.

Un marinero que hablaba la lengua de Berilo me dijo que había espacio más que suficiente a bordo del barco negro. El delegado había dejado sus tropas en Berilo como guardias del nuevo Síndico marioneta, que era otro Rojo distantemente emparentado con el hombre al que habíamos servido.

—Espero que tengan menos problemas que nosotros —dije, y me sumí en mis meditaciones.

El delegado estaba intercambiando sus hombres por nosotros. Sospeché que íbamos a ser utilizados, que nos encaminábamos a algo mucho más desagradable de lo que podíamos llegar a imaginar.

Varias veces durante la espera oí un distante aullar. Al principio pensé que era la canción del Macizo. Pero el aire no se movía. Cuando me llegó de nuevo todas mis dudas se disiparon. Se me erizó la piel.

El cabo de mar, el capitán, el teniente, Silencioso, Goblin, Un Ojo y yo aguardamos hasta el último bote.

—Yo no voy —anunció Un Ojo cuando un contraamaestre le hizo señas de que subiera a bordo.

—Vamos, sube —le dijo el capitán. Su voz era gentil. Es entonces cuando es peligroso.

—Renuncio. Me voy hacia el sur. He estado fuera mucho tiempo, seguro que ya me han olvidado.

El capitán nos hizo una señal con el dedo al teniente, a Silencioso, a Goblin y a mí, luego indicó con el pulgar el bote. Un Ojo aulló:

—¡Os convertiré a todos en avestruces...! —La mano de Silencioso selló su boca. Lo arrastramos hasta el bote. Se retorció como una serpiente encima del fuego.

—Te quedarás con la familia —dijo el capitán con voz suave.

—A la de tres —exclamó Goblin alegremente, luego contó rápido. El negro hombrecillo trazó un arco hacia el bote, retorciéndose en su trayectoria. Se agitó sobre la regala maldiciendo, rociándonos con saliva. Reímos al verle mostrar algo de espíritu. Goblin se hizo cargo y lo clavó contra uno de los bancos.

Los marineros nos empujaron. En el momento en que los remos mordieron el agua Un Ojo se rindió. Su aspecto era el de un hombre que se encamina a galeras.

El galeón apareció ante nosotros, una forma imponente e indeterminada ligeramente más oscura que la oscuridad que lo rodeaba. Oí las voces de los marineros huecas por la niebla, el crujir de los maderos, el resonar del aparejo, mucho antes de estar seguro de mis ojos. Nuestro bote se encaminó al pie de una escalerilla de acceso. El aullido llegó de nuevo.

Un Ojo intentó tirarse por la borda. Lo contuvimos. El capitán aplicó el tacón de una bota a sus posaderas.

—Tuviste la oportunidad de sacarnos de esto. No lo hiciste. Ahora vive con ello.

Un Ojo estaba hundido cuando siguió al teniente escalerilla arriba, un hombre sin esperanzas. Un hombre que había dejado a un hermano muerto y ahora estaba viéndose obligado a acercarse al asesino de su hermano, contra el cual no podía tomar venganza.

Hallamos a la Compañía en la cubierta principal, apiñada entre los montones de nuestras pertenencias. Los sargentos intentaban organizar un poco las cosas.

Apareció el delegado. Miré. Aquella era la primera vez que lo veía de pie. Era *bajo*. Por un momento me pregunté si pertenecía realmente al género masculino. Sus voces indicaban a menudo lo contrario.

Nos examinó con una intensidad que sugería que estaba leyendo nuestras almas. Uno de sus oficiales pidió al capitán que hiciera colocar a los hombres en formación de la mejor manera que pudiese en la atestada cubierta. La tripulación del barco ocupaba las plataformas centrales por encima del pozo abierto que iba desde la proa hasta casi la popa y desde el nivel de la cubierta hacia abajo hasta la bancada inferior de remos. Allá abajo había murmullos y resonar metálico mientras los remeros se despertaban.

El delegado nos pasó revista. Se detuvo delante de cada soldado, clavó una reproducción del dibujo de su vela sobre cada corazón. Lo hizo lentamente. Hacía rato que habíamos emprendido ya el camino antes de que terminara.

Cuanto más se acercaba el enviado, más se estremecía Un Ojo. Casi se desmayó cuando el delegado le puso el distintivo. Me sentí desconcertado. ¿Por qué tanta emoción?

Estaba nervioso cuando llegó mi turno, pero no asustado. Contemplé la insignia mientras unos dedos delicadamente enguantados la prendían a mi chaqueta. El cráneo y el círculo en plata, sobre fondo negro, elegantemente elaborados. Una valiosa pieza de joyería, aunque un tanto siniestra. De no estar tan alterado, hubiera pensado que Un Ojo estaba considerando la mejor forma de empeñarla.

La insignia parecía ahora vagamente familiar. Fuera del contexto de la vela, que había tomado como pura teatralidad y había ignorado. ¿No había leído u oído en alguna parte algo acerca de un sello similar?

El delegado dijo: